

MANIFIESTO DE

Acción Republicana Democrática Española (Organización del Interior)

Redactado, impreso y difundido en España el 11 de Abril de 1961

El despertar de la conciencia mundial a favor de España, o sea en contra del Régimen Político que la esclaviza, deprime a la Gobernación de Franco; alienta al pueblo español; hace desaparecer el miedo bajo el cual se vive en el cuarto de siglo último, y hace renacer la esperanza de la próxima conclusión de la bochornosa situación española.

Es momento propicio para la meditación, pensando en la Patria, y para la acción por amarla. También lo es, ante sucesos políticos que se han producido, para la expresión pública de esta opinión republicana, la primera que aparece del sector clandestino.

El estado de ánimo, antes aludido, de las esferas gubernamentales, es una de las causas de la sentencia absolutista en el proceso llamado «de los intelectuales». Monárquicos los procesados, se pretende, por ellas, crearles una aureola de prestigio que les sirva para recoger la adhesión de la oposición al Régimen actual, desviándoles de la oposición verdadera, que es la que atemoriza y es la que se intenta deprimir y anular, de la que propugna la supresión total de la injusticia imperante; se pretende, para el momento de ahogo, de caída inminente, disponer de un instrumento de solución continuadora del Régimen.

Los partidarios de la Monarquía de Don Juan —hay alguno— creen en la posibilidad de atracción de los dichos elementos opositores, a base del trato de favor y privilegio con que el Poder les distingue, y del silencio impuesto al pueblo español —a la España republicana— que es el verdadero adversario del Régimen actual.

El acuerdo entre el Poder y la pretendida Monarquía, es patente.

No hay que remontarse, para apreciarlo, al gesto teatral del pretendiente a la corona que —obseso por la realeza, se ligó a un grupo de españoles, desvinculándola de la Patria— al iniciarse la guerra incivil se presentó en el ejército que llamaron «nacional», tocada su cabeza con la boina roja, para combatir contra españoles. No hay que recordar que sus seguidores, hasta el día de hoy, son colaboradores del Poder actual; ni siquiera que ha entregado su hijo mayor, el que había de sucederle en la jefatura del Estado español, a su «Caudillo» para su deformación política, garantía de la permanencia de la actual Gobernación. Es suficiente prestar atención a sus recientes declaraciones —quizás no consecuentes con otras anteriores, insertadas en «Le Monde» del 11-12 de marzo, que rezuman admiración por el Régimen actual; esperanza y petición de que le facilite la sucesión, Rey mendigo, y que poca gracia puede hacer al gallardo pueblo español—; y repulsa a un período constituyente respetuoso con la opinión pública, atacante de la Soberanía Nacional, con lo cual proclama, sin veladuras, ser hombre de un partido, del absolutista, privándose de la simpatía de todos los amplios sectores liberales, y rectificando el manifiesto de despedida de su padre que después de reconocer haber perdido el afecto

de los españoles, declaraba que España era dueña de su destino.

Los monárquicos partidarios de Don Juan cifran sus esperanzas en la voluntaria transmisión por Franco del Poder que detenta, o en el acceso a él por un simulado, más que real, golpe militar; por el apoyo del clero, y hasta con la benevolencia de republicanos.

Tal origen de la Monarquía sería un nuevo desprecio e insulto al país; la permanencia de la ilegalidad del Poder; una locura hacerse blanco, y al ejército —que debe ser dedicación exclusiva a la Patria— y al clero —que debe ser mera misión evangelica— de las iras que el absolutismo reinante va acumulando en el alma del pueblo español: un absurdo que el hondo problema político-jurídico de España, después de guerra cruenta y gobernación desastrosa, pueda resolverse con ausencia de la opinión pública, con intrigas de camarillas de reyes. ¡Es harto peligroso!

En estas horas críticas de la historia de España, hay que deshacer engaños, hablar con franqueza; proclamar la verdad.

Una Monarquía con tal origen, fatalmente, por muchas que sean sus promesas de libertad y de justicia, tiene que ser absolutista. No puede aceptarla ningún hombre liberal, cuando su nacimiento implica la convicción de que la Soberanía radica en el descendiente de Fernando VII y Alfonso XIII, y la negación de que emane del pueblo todo, de toda la nación. Si algún republicano, fiel a sus ideas, puede unírseles, obedece al ansia incontentada de desaparición del Régimen actual, pero no para su continuación, considerando, aunque erróneamente, que es disminución del mal, cuando es preferible el mal agudo —franquismo— condenado a su desplomamiento, que al ya crónico conocido —Monarquía absolutista— que ha labrado todas las desdichas de España, y ha impedido la grandeza y gloria de la nación española. Estos republicanos no ven en la Monarquía más que el puente de acceso al Régimen Político que desean. ¡Triste papel a desempeñar por tal monarquía! No garantiza la tranquilidad de la Patria. Y si esos republicanos le fueran leales nada significaría su traición al ideal republicano de mero carácter personal; no han de arrastrar en pos de sí al ambiente liberal y republicano de España, capaz siempre de forjar sus directores, los hombres que mantengan enhiesta la bandera de la Libertad y de la República y la conduzcan al triunfo.

En tales condiciones la Monarquía de Don Juan, de la que se hace propaganda, con un mínimo de libertad, sería inmediatamente arrollada; un nuevo Gobierno Berenguer de la actual Dictadura, con la diferencia de ser ésta mucho más cruel y prolongada que la del General Primo de Rivera, y, por lo tanto, de más fuertes consecuencias. Aunque quisiera tal Monarquía —que no es para creído— respetar los derechos del hombre, se vería obligada, para sostenerse, a reforzar los métodos abso-

lutistas, abriendo un nuevo, pero breve paréntesis. Pien- sen los monárquicos que la propugnan, y se les dice por lealtad patriótica, en la responsabilidad que adquieren por su provocación a luchas futuras.

Y para sarcasmo, los propulsores de la mencionada Monarquía de Don Juan, sostienen ser la solución de concordia entre españoles, cuando en estos sólo ven piezas inertes para su juego, con las que no hay que contar para su plan de imposición de partidismo minoritario. La imposición, por sí, sin el asentimiento expreso de la ciudadanía española, es la más rotunda negación de convivencia.

El espíritu de concordia brotó de los doloridos y nobles pechos de los republicanos. La liquidación de la guerra incivil; el reconocimiento y dolor de todos los españoles por la propia culpa, que es mal de España; la superación, y hasta olvido de todas las pasiones que llevaron a la guerra, y con ésta se desencadenaron. El deseo de creación del diálogo entre españoles. El ansia de convivencia y concordia entre los compatriotas. La defensa de la primacía de la Patria sobre todos los intereses partidistas y particulares. El deber de servicio y sacrificio por ella... viene siendo el tema de la propaganda constante de los republicanos que pueden hacerla: los exilados.

La fórmula de solución de concordia —la única e imprescindible en España— exige el acatamiento leal a los siguientes principios:

Renuncia de los grupos aceptantes de la convivencia, al empleo de la fuerza y de la violencia para el triunfo de su particular criterio.

Sometimiento a la decisión de la ciudadanía española, libremente expresada en elecciones sinceras, de la Forma de Gobierno que ha de regir a nuestra Patria.

Gobierno Provisional con legitimidad de título, integrado por representantes de todas las tendencias políticas aceptantes de los principios anteriores, con la misión de dismantelar la obra del Régimen injusto; satisfacer las apetencias de Justicia del pueblo español, impidiendo el estallido de venganzas y represalias; y, por fin, realizar la consulta electoral al país, y transmitir legalmente, los Poderes que temporalmente asumió.

Esa fórmula sería apoyada por la inmensa mayoría del pueblo español, gozoso de una perspectiva de horizonte despejado; por las organizaciones clandestinas opositoras al Régimen actual; por la España del exilio, parte integrante de la Patria, por los intelectuales, excelsos directores de la ciudadanía en las horas peligrosas; por los juristas, campeones del Derecho en los momentos de confusión y cobardía, secuela de la irrupción totalitaria. Garantizaría la paz; la suave transición de los po-

deres gubernamentales. Tendría autoridad frente a las jerarquías militares y eclesiásticas, aldeas y ciudades, comarcas y regiones, gremios y partidos; frente a todo ciudadano. Tendría, en el concierto internacional, el prestigio enaltecedor de España, que desde hace años se ha perdido en absoluto.

La consulta electoral diría si se quiere Monarquía o República, y qué clase de ella.

Si fuese preferida la Monarquía, surgiría ésta limpia y legitimamente, con el acatamiento, el respeto y la consideración ciudadana que facilitaría la realización de la obra provechosa para España. ¿Qué mayor satisfacción puede haber a los monárquicos?

Si la preferencia se pronunciara en favor de la República, a los monárquicos les cabría la satisfacción del cumplimiento del deber patriótico; haber evitado a España días de tragedia; haber evitado la imposición a la Patria de lo que no la es querido, cuyas consecuencias desastrosas serían ineludibles; haber contribuido a frenar, en los momentos peligrosos de transición, los impulsos de los exaltados.

Es hora ya, en la historia de España, que nos unamos sus hijos para la obra común, para cuya realización de nadie se puede prescindir. Es hora ya de que pongamos fin al triste y extenso capítulo de las luchas inciviles, intestinas, crueles en demasía. Es hora ya de iniciar la comprensión y la convivencia, única base de brillante porvenir.

Hay el deber de decir todo esto, sin propósito de molestar a nadie, y algo más.

De los republicanos se puede esperar todo sacrificio por la Patria, porque están dispuestos a no regatearlos. Hasta prescindir de su querida convicción sobre la legitimidad del Régimen que con toda pureza se instauró en el año 1931, y someter la forma de Gobierno del futuro a la consulta electoral imparcial y sincera. Lo que jamás puede aceptar por dignidad humana, es traicionar la esencia de su ideología; el desconocimiento de la Soberanía Nacional; y que se trate a España como patrimonio de personas.

Somos republicanos por amor a España, y ese amor nos impondría también todo sacrificio para impedir que la actual situación política, vinculada a un hombre, cuya subsistencia se cimenta en el pánico que sembró, pretenda su permanencia y perpetuidad por sucesión acordada, a espaldas del país, por camarillas palaciegas.

EUGENIO RAMIREZ GIL

Miembro de la Organización Interior Clandestina
de Acción Republicana Democrática Española
Gráfica ESCRICH. — Barcelona

Nueva difusión realizada por

República

Organo de Acción Republicana Democrática Española

Imprimerie des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine).